

José Errasti, Marino Pérez Álvarez  
y Nagore de Arquer

# MAMÁ, SOY TRANS

*Una guía para familias de  
adolescentes con conflictos de género*

Prólogo de la Agrupación Amanda



DEUSTO

# **Mamá, soy trans**

Una guía para familias de adolescentes  
con conflictos de género

**JOSÉ ERRASTI**  
**MARINO PÉREZ ÁLVAREZ**  
**NAGORE DE ARQUER**



EDICIONES DEUSTO

© Marino Pérez, José Errasti y Nagore de Arquer, 2023

© del prólogo, Agrupación Amanda

© de las ilustraciones, Eliana Gutiérrez

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4.270-2023

ISBN: 978-84-234-3555-5

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# Sumario

---

Prólogo.....	11
Introducción.....	19

## PRIMERA PARTE

### **Hablemos claro sobre la disforia de género y la identidad de género**

1. Decálogo de doce cuestiones básicas que deben estar claras desde el principio.....	27
---	----

## SEGUNDA PARTE

### **Axel se abre una cuenta en Instagram**

2. Historia de Axel.....	79
3. ¿Qué ve tu hija en las redes sociales?.....	105

## TERCERA PARTE

### **Cosas de casa**

4. En el comienzo fue el género.....	135
--------------------------------------	-----

5. Cada familia infeliz es diferente a las demás. ....	153
6. La fascinación adolescente ante lo trans. ....	177
7. Cada día tiene su afán. ....	187
8. Tenemos que hablar. ....	215
9. Actores secundarios con papeles protagonistas. ....	231
Epílogo. ....	245
Agradecimientos. ....	249
Glosario. ....	253

## **Decálogo de doce cuestiones básicas que deben estar claras desde el principio**

Empezaremos por exponer una serie de cuestiones que están claras en nuestro planteamiento. Esta declaración de principios se ha de entender como un ejercicio de honestidad intelectual y de transparencia de ideas. Si los temas y problemas están mal conceptualizados, las soluciones serán malas por bienintencionadas que fueran. Pocas combinaciones hay peores que las buenas intenciones y las malas conceptualizaciones. No hay nada más práctico que una buena conceptualización y sólo con entender correctamente algunos de los conceptos que están implicados en estos problemas ya habríamos avanzado mucho en su resolución.

Creemos que la nuestra es una buena conceptualización. Se basa en conocimientos científicos —psicología, biología— y saberes generales —filosofía, sentido común, prudencia—, sirve para ayudar de forma abierta y centrada en las necesidades de las personas, sin dogmas ni intereses espurios, y se atiene al mandamiento hipocrático «lo primero es no hacer daño». He aquí las cuestiones que hacemos explícitas desde el principio. Puede ser muy útil entenderlas bien y manejarlas con soltura. Los padres pueden hablar sobre ellas entre sí, y adquirir estos mínimos conocimientos para defender estas ideas ante personas que se las discuten.

Éste es nuestro decálogo de doce cuestiones:

1. Nadie nace en un cuerpo equivocado.
2. Existen dos sexos y una variedad de orientaciones sexuales.
3. La identidad de género tiene éxito, pero también tiene miseria.
4. La identidad de género es la nueva alma.
5. No es lo mismo la transexualidad que el transgenerismo.
6. Se está llamando identidad de género a la autoimagen de género.
7. La disforia de género de comienzo rápido es un fenómeno social.
8. La terapia afirmativa ha de ser la última opción.
9. La disforia de género es un sufrimiento real.
10. La ideología queer es retrógrada y opresora.
11. La ideología queer se ha impuesto a base de falacias y censuras.
12. No somos transfobos.

## **Nadie nace en un cuerpo equivocado**

La expresión «nacer en un cuerpo equivocado» es muy socorrida a la hora de hablar de la disforia o incongruencia de género. Sería el caso de una mujer que se siente atrapada en un cuerpo de varón, o al revés. Resulta muy socorrida tanto para expresar el malestar —«sentirse atrapado o atrapada en un cuerpo equivocado»—, como para preguntar por ese malestar dando por hecho el cuerpo equivocado —«cómo es sentirse en un cuerpo equivocado»—. La expresión funciona como un lugar de entendimiento común: mientras que unos expresan cómo se sienten, otros se hacen una idea del dramatismo de sentirse así. Sin embargo, la expresión es falsa: nadie nace en un cuerpo equivocado.

Cada uno nace en el cuerpo que nace, lo que no quiere decir que siempre esté a gusto con él. Malestares, disconformidades e insatisfacciones con el propio cuerpo no faltan. Esto ocurre, particularmente, en la pubertad y la adolescencia, que es cuando se

dan más cambios corporales y se toma más conciencia del cuerpo. Dietas, ejercicios, cosmética, vestimenta son maneras de *acomodar* el cuerpo a las imágenes que uno concibe para sí mismo. La autoaceptación es otra manera de acomodarse al propio cuerpo o de reconciliarse con él. Entre las mayores desavenencias con el propio cuerpo está la incongruencia con el sexo con el que uno ha nacido. Con todo, esto no implica que uno haya nacido en un cuerpo equivocado, como si una mujer pudiera nacer en un cuerpo de hombre o viceversa. A la luz de la biología evolutiva y del desarrollo ontogenético es inconcebible la idea de nacer en un cuerpo equivocado. Se requiere de la idea del alma como distinta del cuerpo para concebir metafísicamente algo tan inconcebible científicamente como nacer o estar atrapado en un cuerpo equivocado. A la nueva alma nos referimos en una cuestión posterior.

La variabilidad entre cerebros no justifica la pretendida diferencia entre cerebro de mujer y de varón. No existen cerebros de varón o de mujer, sino mosaicos de aspectos neuronales compartidos por varones y mujeres en diferentes proporciones. No hay cerebros rosas o azules, ni somos de Venus o de Marte. Lo que existen son narrativas *marcianas* y extravagantes sobre esto. Por su parte, la posible mayor o menor proporción de hormonas femeninas o masculinas no cambia el sexo, que ya viene determinado desde el mismo momento de la concepción o fecundación del óvulo por el espermatozoide. De hecho, no existen hormonas exclusivamente masculinas o femeninas: la testosterona se encuentra también en mujeres, como igualmente el estradiol en varones. El cruce hormonal en la adolescencia o en la edad adulta —testosterona para la transición de mujer-a-varón y estrógenos para la transición de varón-a-mujer— no cambia el sexo biológico, únicamente los caracteres secundarios —vello facial, pechos, etcétera—. La testosterona masculiniza el cerebro, pero el sexo biológico es ante todo una cuestión de funciones reproductivas —fecundar, gestar—, más incluso que de cromosomas, y se determina en la fecundación. El sexo no se asigna al nacer, se constata.

No obstante, se puede entender que la expresión «nacer en

un cuerpo equivocado» sea muy socorrida, por lo intuitiva que parece, no sin la complicidad de la ignorancia. Además de intuitiva, sugiere el gran sufrimiento que supondría estar atrapado en un cuerpo equivocado. Se presta así al impacto social en los medios —entrevistas, reportajes, documentales—, donde esta expresión tiene hoy más uso. También fue usada por las propias personas transgénero, aunque ya no es su narrativa más común ni más seria. Sin embargo, aun cuando no se diga, la noción de haber nacido y estar atrapado en un cuerpo equivocado está implícita en el entendimiento común, así como en las prácticas sociales, escolares y sanitarias, toda vez que el cuerpo es lo que se trata de ajustar a la identidad sentida sin escatimar intervenciones fármaco-quirúrgicas. Ajustar el cuerpo —y hasta ajustarlo pareciera— en aras de la identidad sentida es la ortodoxia hoy en día. Lo que parece descartada es la revisión de este sentimiento conforme se toma como autoevidente, y uno como *vidente* de su identidad sentida.

En la concepción al uso, está claro que el cuerpo *es* el equivocado, no el discurso de la sociedad *sobre* el cuerpo. No cabe pensar, como no sea corriendo el riesgo de ser acusado de transfobia o de practicar terapia de conversión, en la posibilidad de la aceptación del propio cuerpo. Sin embargo, la aceptación y reconciliación con el propio cuerpo es algo que ocurre a menudo en las personas que sufrieron disforia o incongruencia de género e incluso emprendieron transiciones fármaco-quirúrgicas de las que después inútilmente quieren volver atrás.

La expresión «nacer en un cuerpo equivocado» no sólo es ella misma equivocada científicamente hablando, sino que puede ser iatrogénica en la medida en que dice más de lo que hay y atrapa a uno en un discurso del que no es fácil salir, excluyendo otras maneras de entender la incongruencia de género. Nadie está atrapado en un cuerpo equivocado, si acaso en discursos equivocados, como los propagados por la ideología queer transgenerista, según iremos viendo.

### **Quédate con esto:**

- La expresión «nacer en un cuerpo equivocado» tiene una gran fuerza expresiva y sugiere un intenso sufrimiento, pero no es defendible desde un punto de vista lógico ni biológico.
- Desde un punto de vista lógico, no cabe defender la idea de un alma atrapada en un cuerpo que no le corresponde. Desde un punto de vista biológico, no existen cerebros rosas ni azules.

### **Para saber más**

Todo lo relacionado con esta cuestión se puede encontrar en nuestro libro *Nadie nace en un cuerpo equivocado: éxito y miseria de la ideología de género* (Ediciones Deusto, 2022), en particular, en el Capítulo 7. Un libro fundamental, basado en la experiencia personal, pero entendiendo el malestar desde una perspectiva estructural social, es el del sociólogo y activista transexual Miquel Missé: *A la conquista del cuerpo equivocado* (EGALES, 2020). El libro cuenta la historia del «robo del cuerpo» cuyos ladrones son las ideas y discursos sobre la transexualidad que las propias personas trans han comprado y la industria fármaco-quirúrgica legítima y capitaliza.

Para la idea del mosaico del cerebro que refuta la noción de cerebros masculinos y femeninos puede consultarse el libro de las neurocientíficas Daphna Joel y Luba Vikhanski: *Mosaico de género: Más allá del mito del cerebro masculino y femenino* (Kairós, 2020). Todo lo relacionado con la testosterona puede verse en el libro de la bióloga Carle Hooven: *Testosterona* (Arpa, 2022).

## **Existen dos sexos y una variedad de orientaciones sexuales**

Parece mentira que sea necesario recordar que, en los humanos, como en los demás mamíferos, hay dos sexos: varón y mujer. No

sería necesario si no fuera por la propagación infundada del sexo como un espectro, continuo o arcoíris entre los dos sexos prototípicos, a cuenta de ciertas variantes entre ellos. Sin embargo, estas variantes sexuales no constituyen categorías intersexuales, sino, precisamente, variantes derivadas de alguna de las dos condiciones del desarrollo sexual binario. De hecho, estas variantes constituyen anomalías o síndromes, como hiperplasias adrenocorticales, síndromes de Klinefelter, de Turner y de insensibilidad a los andrógenos, y otras variantes igualmente de escasa ocurrencia —del orden del 0,018 por ciento—. Esto quiere decir que las variantes intersexuales de las que podría tirar quien quisiera refutar el binarismo sexual serían muy escasas, cercanas a un caso por cada cinco mil nacimientos. Además de definirse respecto de uno u otro sexo, las variantes sexuales son discretas entre ellas, no continuas. Ni tampoco existe en humanos el hermafroditismo secuencial o el cambio de sexo tipo del pez payaso —así llamado por su colorido—. El sexo humano es binario, resultado de millones de años de evolución.

La confusión reinante está alimentada por la expresión «sexo asignado al nacer», conforme esta fórmula ya ha calado en la gente biempensante que no piensa demasiado. La expresión «sexo asignado» supone, y a la vez trata de inculcar, que los niños nacen sin sexo, supuesto que éste ya aflorará o lo elegirá uno más adelante. Lo cierto es que el sexo nadie lo asigna: se constata, incluso antes de nacer. Y se constata con una fiabilidad del 99,98 por ciento. La existencia de sólo dos sexos no significa que el sexo nunca sea ambiguo. Pero las personas intersexuales son extremadamente raras y no son ni un tercer sexo ni prueba de que el sexo sea un «espectro» o una «construcción social». No todo el mundo necesita ser perfectamente asignable a uno u otro sexo para que el sexo biológico sea funcionalmente binario. En todo caso, el sexo es cosa de gametos y de reproducción —fecundación de óvulos por espermatozoides—, más incluso que de genitales que, por lo demás, se corresponden con aquéllos prácticamente al cien por cien. Todo ello con independencia de que uno quiera, pueda o tenga la edad para reproducirse. Esta manera de hablar del sexo *asignado* no sólo es pe-

dante, sino también insultante para el sentido común y la ciencia.

El sexo es binario, está claro. Otra cosa es la orientación sexual, es decir, la atracción afectiva, sentimental, sexual, hacia otros. La orientación sexual no es binaria, sino que se da a lo largo de un continuo que va de la heterosexualidad exclusiva a la homosexualidad exclusiva, incluyendo diversas formas de bisexualidad. Se discute acerca de si la asexualidad —como la falta de atracción sexual hacia otros, o el bajo o nulo interés o deseo por la actividad sexual— es una orientación sexual más junto con la heterosexualidad, la homosexualidad y la bisexualidad. La atracción puede ser hacia un sexo o hacia los dos, con o sin preferencias, y también podemos hablar de la forma en la que se crea esa atracción o de las personas concretas a las que va dirigida. Por ejemplo, tenemos la demisexualidad, que se da en aquellas personas que necesitan tener un vínculo emocional con el otro antes de poder sentir atracción; o la sapiosexualidad, en la que el objeto de deseo ha de poseer una inteligencia buscada. De esta forma, una persona podrá sentir atracción sexual hacia los dos sexos —bisexualidad—, pero sólo hacia aquellas personas que considere inteligentes —sapiosexualidad—. Otra podría ser lesbiana, pero sentirse atraída exclusivamente por mujeres con las que ha tenido previamente un vínculo emocional —demisexualidad—. La orientación sexual puede ser diferente de la conducta sexual en tanto aquélla se refiere a la atracción, y ésta a las actividades realizadas sin que necesariamente expresen la orientación.

La orientación sexual resulta de la interacción de factores biológicos, psicológicos y sociales. No se elige, sino que se desarrolla y descubre en el proceso evolutivo de la infancia a la adolescencia, implicando a menudo fascinación, preocupación, duda y exploración. La pubertad y la adolescencia son edades críticas para el surgimiento de la orientación sexual. Se habla también de «descubrimiento» de la orientación a edades tempranas de 3, 4 y 5 años. Sin embargo, no son edades en las que la orientación sexual preocupe como para que el niño tenga claro «lo que es», y lo exija.

### Quédate con esto:

- Los escasísimos fenómenos de la intersexualidad han de entenderse como variantes de mujeres y de varones, no como terceros sexos que formen un continuo entre unas y otros. El sexo en la especie humana es binario, como corresponde a las dos funciones reproductivas.
- La orientación sexual, por el contrario, sí forma un continuo entre la heterosexualidad exclusiva y la homosexualidad exclusiva, y se puede ver completada por otras preferencias sexuales. La orientación sexual en la infancia no parece ser un fenómeno particularmente fiable.

### Para saber más

Se cita a menudo a la bióloga y feminista Anne Fausto-Sterling como referente del intersexo, por ejemplo, con su obra *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad* (Melusina, 2020), donde reproduce datos de artículos anteriores —de 1993 y de 2000—. Pero, cuando se analizan sus datos, ni el intersexo es un continuo, si no, por cierto, síndromes discretos, ni es tan frecuente: no estaríamos ante el 1,7 por ciento de los nacimientos, como dice, sino ante casi 100 veces menos, del orden del 0,018 por ciento, como muestra el biólogo del desarrollo Leonard Sax: «How common is intersex? a response to Anne Fausto-Sterling». *Journal of Sex Research*, 39 (3), 2002, pp. 174–178. Así, por ejemplo, un estudio danés que examinó todas las mujeres con cariotipo 46XY —síndrome de insensibilidad a los andrógenos— nacidas desde 1960 encontró una prevalencia de 6,4 por cada 100.000 mujeres nacidas vivas (0,0064 por ciento). La referencia de este estudio es: Berglund, A., Johannsen, T. H., Stochholm, K., Viuff, M. H., Fedder, J., Main, K. M., & Gravholt, C. H. (2016). «Incidence, Prevalence, Diagnostic Delay, and Clinical Presentation of Female 46,XY Disorders of Sex Development». *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism*, 101(12), 4532–4540. El intersexo no es tan común como ser pelirrojo, según se aduce a veces. En fin, el sexo biológico es binario, por más que haya un arcoíris de roles sexua-

les, de acuerdo con Goymann, W., Brumm, H., & Kappeler, P. M. (2023). «Biological sex is binary, even though there is a rainbow of sex roles». *BioEssays*, 45, e2200173.

Es ya una cuestión de sociología e ideología de la ciencia el hecho de que revistas científicas como por ejemplo *Nature* y *Scientific American* —Investigación y Ciencia en español— hayan hecho declaraciones acerca de que el sexo es un espectro, no binario. Estas afirmaciones, además de anticientíficas, son peligrosas, por ejemplo, cuando se introducen en la escuela, de acuerdo con el biólogo evolutivo Colin Wright y la bióloga del desarrollo Emma Hilton, quienes han salido al paso en su artículo no en vano titulado: «The Dangerous Denial of Sex. Transgender ideology harms women, gays—and especially feminine boys and masculine girls». *The Wall Street Journal*, 13 de febrero de 2020. Véase también de Colin Wright: «Sex Is Not a Spectrum». *Reality's Last Stand*, 1 de febrero de 2021. La penetración de las ideas transgeneristas en la educación a través de las leyes autonómicas y de la instrumentalización del profesorado está bien documentada en el libro de Silvia Carrasco, Ana Hidalgo, Araceli Muñoz y Marina Pibernat: *La coeducación secuestrada. Crítica feminista a la penetración de las ideas transgeneristas en la educación* (Octaedro, 2022).

## **La identidad de género tiene éxito, pero también tiene miseria**

La identidad de género, referida a la identificación de uno con los contenidos y modelos sociales de varón y mujer, ha llegado a ser uno de los principales aspectos de la identidad personal, si no el único. Si se pregunta hoy a un adolescente qué es, sin más contexto, probablemente responda en términos de identidad de género. Quizá se declare no binario, fluido, o algo así. La identidad de género se ha establecido como una nueva forma de hablar de sí mismo y, en particular, de posicionarse en las relaciones entre varones y mujeres, al extremo de reorganizar todo lo que tiene que ver con la sexualidad. Éste es su éxito. Si bien en su momento supuso un avance a la hora de analizar el feminismo y los colectivos marginados por la orientación se-

xual, la identidad de género terminó por desperdiciar sus propios logros y convertirse en una doctrina nefasta para el feminismo, así como para la infancia y la adolescencia. Ésta es su miseria.

El éxito de la identidad de género debe mucho al movimiento queer, en su momento aliado con el feminismo, al promover la diversidad sexual y destacar la construcción social en la base de los roles, estereotipos, prejuicios, marginación y opresión asociados al sexo, en particular al sexo femenino y a la diversidad de orientaciones sexuales no heterosexuales. El movimiento queer, junto con el feminismo, hicieron mucho tanto por los colectivos homosexuales, como por la liberación de la mujer. Así, por ejemplo, estaba claro que la discriminación y opresión de la mujer era por ser mujer —ni que decir tendría—, definida por su cuerpo biológico. La identidad de género permitía, entonces, la crítica política de los estereotipos sexuales en orden a su superación.

Sin embargo, todo cambió cuando el feminismo se dio cuenta de que el movimiento queer tenía su propia agenda, no precisamente feminista, consistente en imponer la identidad de género como el sentimiento que uno tiene de sí mismo referido a sentirse hombre o mujer —o ninguna de las dos cosas, o ambas—, independientemente del cuerpo biológico. De esta manera, la mujer del feminismo como sujeto político de base corpórea queda cancelada en aras de la identidad sentida como nueva categoría que hace abstracción del cuerpo sexual, como si uno no tuviera sexo, sino únicamente la percepción subjetiva de *su* género. *Mujer* se ha convertido en *sentirse mujer*, sin importar el sexo. Un varón puede ser mujer si así se siente y, de la misma manera, una mujer ser varón. Ser mujer se vacía de su sentido político. No significa nada. Es un sentimiento. De hecho, se evita el término *mujer* sustituido por expresiones bizarras como *persona menstruante*, *vulvaporante*, y así. Todo ello para dar paso a la identidad transgénero o abreviadamente trans.

El sexo binario y la orientación sexual se sustituyen por la identidad transgénero. *Trans* llegó a ser la nueva ortodoxia: una palabra paraguas que incluye a varones trans —una mujer

natal que se siente varón—, mujeres trans —un varón natal que se siente mujer— y a personas no binarias, transgénero o de género queer, que no serían específicamente varones o mujeres sino agénero, andróginas, bigénero, pangénero o género fluido, según algunas de las nuevas categorías. Se refiere en todo caso a personas fuera de la heteronormatividad, la cual pasa a asociarse a lo cisgénero —los casos cuya identidad de género concuerda con el sexo natal o biológico—. Se divide así a la humanidad en personas cisgénero y transgénero, de modo que transgénero se convierte en la referencia al hilo de la hegemonía del transgenerismo queer, la nueva ortodoxia. Mientras que cisgénero son los varones y mujeres que se identifican con su sexo cualquiera que sea su orientación sexual —heterosexual, homosexual o bisexual—, transgénero son aquellas personas que no se identifican con el sexo que se les «asignó al nacer» —dicho conforme a la pedantería al uso—. Como se recordará, el sexo no se asigna, sino que se constata, y con una fiabilidad prácticamente del cien por cien, como pocas cosas en medicina.

La nueva ortodoxia transgenerista relega la condición cisgénero como la opción que debe ser superada por anticuada y culpable de todas las opresiones, particularmente representada por el hombre blanco heterosexual. Si bien ser gay o lesbiana no es tan *cool* como trans en los campus escolares y universitarios, la peor opción es la hetero, considerada en declive, cuando no el eje del mal. Puede suponerse la confusión que tienen los adolescentes a la hora de lidiar con la sexualidad.

Después de todo, la materialidad del cuerpo de varón y de mujer permanece, por mucha ideología transgenerista que se imponga. Dicho sea sin menoscabo de las contribuciones del movimiento queer en hacer visibles a las personas transexuales y reivindicar su respeto y derechos. Al final, permítase decirlo claro, una mujer trans nacida varón no quedará embarazada y podrá padecer de la próstata, y un varón trans nacido mujer si queda embarazado es por ser mujer y nunca padecerá de la próstata. El cuerpo importa.

### Quédate con esto:

- La identidad de género ha conseguido imponerse socialmente como el discurso predominante para hablar de uno mismo. Sin embargo, detrás de este éxito se encuentra la miseria de ser una doctrina nefasta para la infancia y la adolescencia.
- Aunque la identidad de género, con toda su neolengua asociada, parece haber eclipsado a los aspectos del sexo y la orientación sexual, la realidad es tozuda y se hace imposible desprenderse de la importancia del cuerpo y de la orientación del deseo sexual.

### Para saber más

De nuevo, nuestro libro *Nadie nace en un cuerpo equivocado* da cumplida cuenta de esta cuestión, no por casualidad subtítulo *Éxito y miseria de la identidad de género*. La historiadora Élisabeth Roudinesco en *El yo soberano. Ensayo sobre las derivas identitarias* (Debate, 2023) muestra cómo la identidad de género ha ido suplantando el sexo al hilo de «un puritanismo que ya no quiere oír hablar de sexualidad»: la teoría queer. Como dice «no hay nada tan ridículo como pretender ocultarles a los niños su sexo anatómico». En la misma línea la filósofa británica Kathleen Stock, autora del libro *Material Girls: Por qué la realidad es importante para el feminismo* (Shackelton books, 2022), muestra las incoherencias de la teoría queer, incluida la filosofía de Judith Butler, así como destaca que la materialidad del cuerpo importa.

Por su parte, el libro colectivo coordinado por la filósofa española Rosa María Rodríguez Magda, titulado *El sexo en disputa. De la necesaria recuperación jurídica de un concepto* (Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2021), muestra cómo la teoría queer —antes asociada al feminismo— ha logrado que sea ahora el sexo lo que está en disputa, con consecuencias nefastas para el feminismo y los menores. Otro libro igualmente bien documentado y argumentado acerca de la suplantación del sexo por el género y sus consecuencias es el de la periodista, escritora

y feminista sueca Kajsa Ekis Ekman: *Sobre la existencia del sexo. Reflexiones sobre la nueva perspectiva de género* (Cátedra, 2022), con prólogo de Paula Fraga. El libro muestra que los análisis idealistas y metafísicos posmodernos están totalmente alejados de los análisis materialistas y racionalistas del feminismo y el marxismo.

## La identidad de género es la nueva alma

En relación con el éxito y la miseria de la identidad de género, también debe destacarse su sentido metafísico, tanto literal —más allá de la física y la fisiología del cuerpo—, como filosófico oscuro relativo al «ser en cuanto tal» —ser uno mismo—. Este doble sentido metafísico de la identidad de género condensa su éxito social y su miseria conceptual.

Por el lado del éxito social, la identidad de género como el sentimiento de sentirse uno el que *es* viene a ser la apoteosis del individualismo, subjetivismo y narcisismo de nuestro tiempo. En particular, la identidad transgénero parece haberse convertido en lo más *cool* en las edades y ámbitos escolares, por encima de otras identidades de género o de otro tipo. Sin olvidar los malestares y el sufrimiento que implica la disforia o incongruencia de género, en el contexto social actual no deja de ser fascinante para un niño o adolescente ser reconocido como alguien especial que recibe todos los parabienes, atención y apoyos, en cuanto se sabe que es trans. A partir de entonces, se le otorga la razón en todo y nadie osará contradecirle en nada. Cualesquiera otros problemas que tuviera cobran nueva luz. Algo y alguien no le estaban permitiendo *ser*.

Por el lado de la miseria conceptual, la identidad de género como identidad *sentida* que alberga su propia evidencia viene a ser la divinización del yo. «Yo soy el que soy», dijo Dios en forma de zarza ardiente a Moisés. «Quiero ser yo mismo», «quiero ser», «al fin soy yo» son expresiones comunes en relación con la identidad transgénero, y no sólo sugerentes de una identidad primigenia independiente del cuerpo biológico y de la sociedad que meramente «asigna» la identidad al nacer. La identidad sentida estaría más allá del cuerpo y de la sociedad, por encima de las contingencias bioló-

gicas y sociales. La autodeterminación de la identidad de género por el sentimiento es la quintaesencia de la nueva alma, en tanto el sentimiento es la evidencia misma de esta identidad *profunda* y percepción *interna*, como a menudo se enfatiza, que el propio sentimiento revela, sin que quepa más que afirmarlo. A partir de aquí la cuestión es ser uno mismo. Ser. Como si alguien pudiera ser al margen del cuerpo y de la sociedad. Como no sea Dios.

Lo cierto es que la identidad personal, incluida la identidad de género, se constituye sobre la base del cuerpo y las demás personas, siempre en un contexto social. Puede entenderse su complejidad y la cantidad de vicisitudes que atraviesa a lo largo de la vida, tanto más en una sociedad abierta, líquida, fluida, como la actual, donde no por casualidad ocurren la pluralidad de identidades de género y transgénero de las que estamos hablando.

Aun siendo el cuerpo la base de nuestra identidad duradera en el tiempo —genómica, sexual, inmunitaria, experiencial, de la memoria, de la persona—, nuestra relación con el propio cuerpo —su conocimiento, autoconciencia, «cuerpo vivido», congruencia o incongruencia con él— viene de la sociedad. Nacemos en un mundo ya organizado, no adánico, como si fuéramos los primeros pobladores. De manera que la relación con nosotros mismos, incluido el cuerpo, está mediada por la sociedad —el lenguaje, la relación con los otros, la mirada de los demás, etcétera—. Somos seres sociales que nos constituimos con los otros: esta obviedad no se puede obviar en vista de esa concepción metafísica del alma. Incluso la concepción y experiencia de nuestro mundo interior como algo autóctono *es* un producto social, derivado del romanticismo y cultivado hoy en día por el marketing. En particular, el marketing y la propaganda de la sociedad de consumo se encargan de hacernos creer que nuestros sentimientos brotan de nosotros mismos y son nuestro verdadero ser, sorprendentemente, coincidente con lo que nos tratan de vender. «Si lo sientes, es real» es un eslogan de Coca Cola.

La identidad personal siempre implica la alteridad: *el* otro que nos constituye —influye, afecta— y *lo* otro referido a acontecimientos vitales, experiencias —traumáticas, formativas— y crisis que nos alteran. El otro —los demás— y lo otro —nuestras

experiencias extrañas, desconcertantes — forman parte de la propia identidad continuamente alterada sin dejar de ser la misma. La identidad siempre está en un equilibrio inestable entre lo que permanece y lo que cambia, predominando uno u otro aspecto. Las crisis desorganizan equilibrios anteriores, sin estar claro, sino oscuro, incierto o amenazante, cómo será la persona en adelante. La adolescencia supone el paso del *mundo claro* de la infancia a un *mundo oscuro* que se abre tan fascinante como inquietante, recordando la famosa novela *Demian* de Hermann Hess.

La vida de cualquiera, por bien que vaya todo, está jalonada de crisis: pasos de una etapa que queda atrás a otra que está por ver qué nos depara. La adolescencia supone la crisis corporal, psicológica, social y existencial por excelencia, donde se rompe con el pasado y se abre un futuro incierto e inseguro, por más que fascinante. El cuerpo cambia drásticamente y de pronto se convierte en objeto de preocupación, los referentes anteriores ya no nos sirven y necesitamos unos nuevos, queremos ser algo por nosotros mismos, tener una identidad propia, cambiar el mundo. Se cree saberlo todo y los demás, empezando por los padres, quedan anticuados. Las redes sociales ofrecen un nuevo mundo que te alimenta con lo que te gusta, a la vez que lo que te gusta es lo que de hecho te dan, donde encuentras eco de ti mismo, nuevas «familias» y comunidades que te acogen por lo que «eres», y nuevos referentes e ideales. El problema es que, a la hora de la verdad, seguimos teniendo un cuerpo y vivimos en una sociedad. Y cuanto más se vive en las redes sociales, tanta más soledad se siente en el mundo social de toda la vida.

Puede que más adelante veas lo «imbécil» que eras —diría G. K. Chesterton—, pero mientras estás en la adolescencia, y ésta hoy dura mucho tiempo, te crees más sabio y *woke* que nadie. Lo cierto es que estás en el limbo: entre la infancia y la vida adulta, adultescentes incluidos, sin enterarte mucho de lo que ocurre.

En este contexto, la disforia de género viene a ser hoy por hoy una «salida» para muchos y muchas adolescentes, la epifanía de la nueva alma: un sentimiento indiscutible que te pone en el centro del escenario, sin menoscabo del sufrimiento que implica.